

Días de varia luz

Crónica divertida de un prototipo

"Mesas reservadas"

Eric Kraft. Traducción de José Luis Fernández-Villanueva. 388 páginas. Ediciones Destino. Barcelona, 1991

ROBERT SALADRIGAS

De ser posible, me hubiera gustado empezar reproduciendo un extracto del artículo que Eric Kraft publicó sobre sí mismo en "The Author's Statment" en 1990, con el sugerente título de "Para qué sirvo". En el delicioso texto, Kraft dibuja un irónico y desenfadado boceto de lo que ha sido su vida y la génesis de su curiosa obra literaria. Leyéndolo con la sonrisa que automáticamente noto que va distendiendo mis labios, Kraft deja de ser el nombre extraño, sin resonancias, que encabeza la primera de sus novelas recién traducida: "Mesas reservadas". Dice Kraft, por ejemplo, que hasta la publicación de su obra anterior, "Herb'n Lorna", escribió toda una serie de novelitas por entregas en torno a un personaje, Peter Leroy, que durante años los lectores recibían por correo previa suscripción.

Está claro, pues, que Eric Kraft, neoyorquino graduado en Harvard, no es un autor convencional que llega a nosotros por los cauces habituales. Como en el caso de David Markson, que sí no estoy equivocado también utilizaba la red postal para la distribución de sus libros, Kraft personifica una determinada forma de marginalidad literaria que poca o ninguna relación guarda con la imagen "oficial" de la literatura norteamericana.

Quiero decir con ello que, en efecto, la obra que acabo de leer de Kraft no me parece, en ningún sentido, uno de los tantos productos manufacturados con mayor o menor esmero. Muy al contrario, tengo la impresión de haber tenido acceso a una rara -por inusual- obra que pertenece a otra categoría: para hacerme entender, la llamaré "de autor". Admirablemente construida, escrita con brillante soltura antirretórica que refuerza su eficacia, toda ella transmite la idea de haber sido concebida con entera libertad por parte de un individuo maduro que tenía claro lo que deseaba hacer y la

mejor manera de conseguirlo. Por tanto, "Mesas reservadas" es uno de esos libros, fruto de una pasión sin cortapisas, que determinan por sí solos la personalidad de quienes los escriben. Pienso en lo que significó "El gran Gatsby" para la definición literaria de Scott Fitzgerald.

Pero no deseo dar pábulo a confusiones enojosas. Entre Scott y Kraft no hay otro nexo que la tradición literaria. "Mesas reservadas" recuerda más bien "El turista accidental", la novela de Ann Tyler, aunque la referencia convenga asimismo situarla en una saludable distancia.

Ácido humorismo

El personaje de Kraft, Matthew Barber (amigo de Peter Leroy, en la escuela graduada), es el maduro ejecutivo de una fábrica de juguetes -los que él no tuvo de niño- que por las noches, oculto bajo el seudónimo y la piel de B. W. Beath, escribe impagables críticas socio-gastónomicas. Recientemente separado de su esposa, Barber convive a solas con su otredad, B. W. Beath, en un lujoso apartamento con vistas a los tejados que cobijan a la mitología humana de Boston, uno de cuyos muros ha sido semiderruido por los operarios de la finca que siguen en vano la pista de un misterioso hedor percibido sólo por Barber.

La novela, dividida en siete partes, correspondientes a otras tantas cenas con mujeres en distintos restaurantes cuidadosamente elegidos de los que al final de cada capítulo Beath escribe según lo vivido en ellos, reconstruye con ácido humorismo la historia en el fondo vulgar del hombre derrotado de hoy que encarna el mediocre Barber, transformado así en prototipo. No del ejecutivo insatisfecho, vacío e inseguro. Tampoco del individuo que se afana en vivir acorde con las normas sociales implantadas sin su consenso, y a la vez sin renunciar a las más elementales señas personales de identidad. Matthew Barber/B. W. Beath es precisamente el prototipo de la sociedad norteamericana posmoderna que, entregada a la tarea de hallar coartadas para su visceral autosatisfacción, descubre lo absurdo de la sobreestima y el fracaso sin paliativos que lleva implícita. Una evidencia de repente brutal que Barber, pobre fauno burlado en

PERFIL



Eric Kraft

Un tipo fascinante

■ Oriundo de Babylon, Nueva York, Eric Kraft se graduó en el Harvard College. A partir de ahí su biografía, narrada por él mismo con el delicioso humor que le caracteriza, es la de un hombre que parece -sólo lo parece- dejarse llevar por los flujos de la vida. Casado y con dos hijos, vivió en Boston y hace poco se trasladó a Nueva York. Desde 1962 ha estado construyendo, dice, una larga y complicada novela con partes móviles interrelacionadas. De ella han surgido la serie de novelitas que distribuía por correo a sus suscriptores y las dos únicas finalmente publicadas: "Herb'n, Lorna" (1988) y "Reservations Recommended" (1990). Un tipo fascinante. Y lo que es más sugestivo, un escritor poderoso.

su fe del carbonero hecha trizas por la cadena de acontecimientos superpuestos, no se siente capaz de asmir.

Ese es el resumen de la historia, llana en apariencia pero dotada de complejidad por las muchas puertas que abre al campo desde su tragicómico fluir. Por cualquiera de sus

oberturas se llega al centro de gravedad del relato, como si uno se deslizara por un confortable tobogán. Porque entiendo que tal vez el mérito más espectacular de Kraft estriba en haber escrito una novela seriamente divertida. Sólo que el humor ondulante que se cree detectar en el arranque de la lectura, poco después

se tiñe de negro al impregnarse de ironía y sarcasmo. El resultado de la combinación no se hace esperar. El lector va sintiendo cómo paso a paso el regocijo es contagiado persuasivamente por la amargura sin rastros de benevolencia que transpira el texto a medida que la aventura existencial de Barber, más y más influido por el realismo anticonvencional de Beath, su "alter ego" justiciero, se aproxima al desenlace, es decir, a la fractura en mil pedazos de los ideales que han sustentado su estúpido conformismo.

Por entonces, arrancadas las veladuras jocosas que envuelven el relato, la sonrisa se ha demudado en mueca. Es la escena última, cuando se produce el dramático encuentro de Barber, obligado a recurrir a la violencia para defenderse de la burla sangrante de que ha sido objeto por una pandilla de jóvenes rufianes, con el admirado Grafitista de cuya lucidez en definitiva abomina. Justo en este momento Kraft consigue llegar al fondo del destino de desesperación y soledad reservado al hombre urbano moderno.

Fábula moral

De improviso, con la huida hacia adelante de Barber, que por fin parece haber aprendido la lección de lo que tiene que hacer para sobrevivir al margen de toda suerte de ilusiones triviales, la dura sátira de la modernidad desemboca en una fábula moral de cantos afilados, hirientes como pocas ofrece en su catálogo la actual narrativa norteamericana.

Debo admitir que el descubrimiento de Eric Kraft ha constituido un inesperado placer. "Mesas reservadas" quizá no posea la indefinible esfericidad de las obras maestras. Pero es sin duda una obra seria, muy seria, abierta, inteligentemente amena, realista, divertida, trascendente y hermosa, que revela la presencia de un sólido escritor dueño de su propio concepto del mundo, con cosas notables que decir para que alguien las escuche. Por otra parte, el caso particular de Kraft me lleva a pensar en que tal vez la novela norteamericana de ahora encuentra su autenticidad creadora no tanto en las aglomeraciones de las grandes rutas de alta velocidad que nos son descritas como portentos, cuanto en los modestos caminos vecinales por los que se transita sosegadamente y permiten a los conductores contemplar y reconocerse en las variantes del paisaje. La experiencia de lector en este tiempo de falsos abalorios me dice que la idea no es descabellada. Merecería ser desarrollada en una de las crónicas magistrales del sarcástico B. W. Beath. ●